3 1761 07064855 5

ASÍ FUÉ TÁNTALO

PQ
7797
C2814A8

LIBRARY
OCT 21 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

A Pedro J. Naón,

á Enrique J. Banchs,

á Juan José de Soiza Reilly,

Fraternalmente.

«El hombre, esclavo del querer, está perpetuamente amarrado á la rueda de Ixión, vierte siempre en el tonel de las Danaides, es Tántalo devorado por la sed eterna.»

Schopenhauer.

Sean estas palabras el único prólogo. Nada explicará mejor que ellas el contenido de este libro, humano casi hasta la hipérbole.

Por las páginas que siguen no desfilarán siluetas de manicomio. Pasarán las almas de todos los cuerdos y de todos los sensatos. La locura justificaría mucho de lo extraño que abunda en este libro, y por eso quiero dejar la constancia solemne de que todos mis personajes están pletóricos de cordura. Son hombres psíquica y físicamente sanos, como el que me lee y como yo...

Rómulo D. Cárbia.

Buenos Aires, Junio 14 de 1909.

EL HOMBRE

EL HOMBRE

Afuera, una llovizna menuda, y casi imperceptible, esfumaba el detalle en el panorama de la ciudad, que parecía abatirse bajo la desolación sentimental del otoño.

Ernesto se acercó al cristal de la ventana que daba luz á su gabinete de estudio y miró intensamente, abismándose en la contemplación del cuadro que ofrecía aquella tarde melancólicamente gris. Luego, aproximando una butaca, se sentó.

Estaba abrumado de tristeza. Toda su historia íntima desfiló cinematográficamente por su memoria, ya harta de recuerdos, y al hacer un maquinal y brusco movimiento de cabeza deseando librarse de aquel tormento macabro, sus ojos tro-

pezaron con un volumen almacenado en uno de los escaparates de su vasta biblioteca.

Para distraerse, más que para nada, y casi sin quererlo, trató de leer la inscripción que ostentaba su llamativo lomo de cuero rojo. Y leyó: *Los grandes dramas de Shakespeare.*

La figura de Hamlet, como evocada por un conjuro, anadiómenamente se levantó en su espíritu. Ernesto, entonces, cerrando los ojos, meditó:

¡Hamlet!: sí, es un símbolo. Anatole France lo ha dicho ya: Hamlet es un hombre, es el hombre, es todo el hombre. Y recordó las palabras textuales del gran ironista:

«Hamlet: Tú eres de todos los tiempos y de todos los países; en tres siglos no has envejecido una hora. Tu alma tiene la edad de cada una de nuestras almas. Vivimos juntos, Príncipe Hamlet, y eres lo que somos: un hombre en medio del mal universal. Se ha sutilizado sobre tus palabras y sobre tus acciones. Se ha demostrado que no estás de acuerdo contigo mismo. ¿Cómo comprender este incomprensible personaje?, dicen. Piensa sucesivamente como un monje de la Edad Media y como un sabio del Renacimiento.

Su cabeza es filosófica y no obstante diabólica. Abomina la mentira, y su vida no es sino una gran mentira. Es irresoluto, evidentemente, y á pesar de esto ciertos críticos lo juzgan lleno de decisión, sin que se les pueda acusar de injustos y parciales. En fin, se ha pretendido, mi Príncipe, que eres un almacén de pensamientos, un montón de contradicciones y un ser humano. Pero es éste, al contrario, el signo de tu profunda humanidad. Eres pronto y lento, audaz y tímido, benévolo y cruel, crees y dudas, eres prudente y por encima de todo eres loco. En una palabra, vives. ¿Quién de nosotros no se te asemeja en algo? ¿Quién de nosotros piensa sin contradicción y obra sin incoherencia? ¿Quién de nosotros no te dice con mezcla de piedad, de simpatía, de admiración y de horror: «¡Buenas noches, amable Príncipe!»

Ernesto se sintió embriagado de verdad. Y tras las palabras solemnes de France, pensó en todo lo que las confirmaba en forma irrevocable. Su recuerdo se paseó por la historia.

Soy como todos los hombres, se dijo, y como todos siento rebeldías, rebeldías que nacen del dolor. Si no sufriéramos, si todo fuera plácido, no

habría locos, ni criminales, ni dinamita, pese al señor Schopenhauer. El dolor: he aquí el *causa causarum* de todo lo malo, de todo lo negro, de todo lo triste.

¡Es imposible, empero, suprimir el dolor! Ya lo dicen aquellos versos de Isvara Krisma que son la condensación de toda la filosofía sankya de los setenta principios: *Mientras el alma esté unida al cuerpo no está libre de dolor*. Y Pitágoras ha dicho en sus versos áureos: *Soporta con paciencia tu destino*.

Pero, ¿por qué? La moral de Empédocles me subleva. ¿Por qué el hombre ha de desprenderse de las cosas sensibles? Si en ello hay razón, la vida huelga, es innecesaria...

La filosofía parece ir contra la vida, contra lo que naturalmente somos. Picato de Mitelene, uno de los siete sabios de Grecia, aconseja que se trate de hermosear el alma y se prescinda del cuerpo; Quilón de Esparta, un colega suyo, no se cansa de repetir que el recuerdo de la muerte debe apartar al hombre de los deseos inmoderados; Solón de Atenas, otro de los siete, aconseja que se huya de los placeres; y Cleóbulo de Lindo, y Tales de Mileto hablan más ó menos lo mismo.

¡Siempre la resignación al dolor, pues no hay otro remedio! Y hasta los chinos, según lo atestiguan los aforismos del *Mingsiu-pao-kien*, que vale tanto como decir: «espejo precioso para iluminar el espíritu», sostienen que el diamante adquiere brillo á fuerza de ser frotado y que, á su semejanza, el hombre llega á ser perfecto sólo después de ser probado por la adversidad.

¿Y Schopenhauer no declara que únicamente el dolor es positivo, mientras que el bienestar y la dicha son enteramente negativos? «El mal es positivo—recuerdo que dice este filósofo—puesto que se hace sentir. Todo bien, toda felicidad, toda satisfacción son cosas negativas, porque no hacen más que suprimir un deseo y determinar una pena.»

Lo que más me confunde es que esta opinión no pertenece á un solo hombre. Es de la sabiduría de todos los tiempos. El bien y el mal, tomados subjetivamente, se han resuelto siempre en el placer y el dolor. La antigüedad planteó el problema, y desde Aristóteles á Kant, todos los sabios han tratado de resolverlo.

En la Edad Media, en forma solemne y definitiva, proclámase al sufrimiento castigo del pe-

cado, en tanto que se desvanecen las teorías pesimistas de la Roma Imperial. Ello hace que la humanidad atormentada se resigne al dolor y encuentre llevadera la pesada carga. Y al resignarse, los hombres se hacen santos. Por eso el Medio-evo, que fué el período histórico durante el cual la humanidad de Occidente gimió más y más largo, está sembrada de santos.

Kempis sintetiza admirablemente la doctrina evangélica de la resignación al sufrimiento, en aquel capítulo de la *Imitación* en que dice que no debe considerarse el hombre digno de consuelo, pues lo es de tortura.

Después de todo, el concepto de Epicuro acerca de que el dolor consiste en la resistencia que encuentra la voluntad á la realización del deseo, tiene su alto símbolo en el Tántalo mitológico, que es, también, el símbolo más completo del hombre, *siempre devorado por la sed eterna*, según las palabras del filósofo alemán.

El padre del pesimismo moderno ha dicho á este respecto: «La vida no se presenta, en manera alguna, como un regalo que debemos disfrutar, sino como un deber, como una tarea que tenemos que cumplir á fuerza de trabajo.» Y Vol-

taire agrega por su parte: «Las moscas han nacido para ser devoradas por las arañas, y los hombres para ser devorados por los pesares.»

Cuanto más pienso más me convenzo de la necesidad de ser rebelde. Sufrir; ¿y por qué sufrir? La *Tabla de Cébes*, diálogo griego en el que se exponen ideas acaso pueriles y acaso grandes, deja en el espíritu convicción de que la vida no es mala y de que la muerte tampoco lo es. Y se me ocurre esta pregunta: ¿Cómo hay que vivir la vida para que no resulte mala, si es concepto de todas las sabidurías que el mundo es un riguroso presidio?...

Platón, hijo espiritual de aquel dulce y apostólico Sócrates que condensaba toda su doctrina en el *nosce te ipsum* clásico, nos enseña que el alma humana consta de dos partes distintas: la una se halla colocada en el centro del pecho, y es la noble, la que nos inspira el valor y la que nos da fuerza; y la otra, violenta y fatal, que los dioses colocaron entre el diafragma y el ombligo, es la que sirve de jaula á esa bestia feroz, que *es preciso alimentar para que la raza humana no se extinga*...

Y ahora bien: tratando de conocerme á mí

mismo, según el precepto socrático, yo inquiero cuál de estas dos partes del alma, de que nos habla Platón, es la que tiene supremacía en nuestra vida, y la que, por consiguiente, nos arrastra.

Epicuro dice que debe practicarse la virtud por el placer que ello ocasiona. Pero, ¿en qué consiste este placer? Los estoicos sostuvieron que el placer y el dolor eran simples ilusiones, y sentenciaron: *Sacrifícalo todo al deber*. ¿Y qué es el deber? Yo me atrevo á contestarme: lo que nos hace llenar las apariencias y simular cordura.

¡El deber! Lo entendamos como lo entendamos, obedezca al principio que obedezca, es siempre él quien trata de ocultar al Hamlet que vive en cada uno de nosotros. El deber es la manifestación más vulgar y más subalterna del miedo del hombre á los hombres, el camino—quizá fácil—por el cual marchan, hacia la consumación de su anhelo, los pobres egoístas que lo sacrifican todo á la conveniencia personal. Él nos sirve de máscara para ofrecer las exterioridades. Por dentro, el hombre es muy distinto. Siempre es rebelde. Los que más pacíficos parecen, los más resignados al cumplimiento del deber, son los que más sufren. Sufren porque sus rebeldías

no tienen válvula. Por eso la vida parece tener por exclusiva finalidad el dolor.

Hugo ha escrito en *Los Miserables*, y á propósito de Juan Valjean: «¡La conciencia es el caos de las quimeras, de los apetitos desordenados y de las tentativas, la hornaza de los sueños y de los desvarios, el antro de las ideas que nos avergüenzan. Penetrad, agrega, á través del rostro lívido de un ser humano que reflexiona y mirad atrás, mirad en aquella alma, mirad en aquella obscuridad. Bajo el silencio exterior, hay allí combates gigantes como en Homero, lucha de dragones y de hidras y nubes de fantasmas como en Milton, espirales visionarios como en Dante!»

Todo esto es rigurosamente la verdad.

Ernesto se desvió un momento de su meditación. Habia advertido que, al encenderse, los focos eléctricos que alumbraban la calle, acababan de iluminar, difusamente, su gabinete de trabajo, permitiendo que destacara su blancura, esfumada en la semi-obscuridad, un hermoso y artístico mármol que adornaba la estancia.

¡Qué divina obra!, pensó Ernesto. Y algo se avivó en su espíritu. Luego siguió meditando.

Después de todo, yo bendigo al dolor. ¿Lo bendigo? ¡Sí! Pero, ¿no he creído siempre que sin dolor la vida sería más vivible? Es cierto, pero he creído un error. El mismo Schopenhauer se encarga de demostrarlo: «Si se quitase á la vida—recuerdo que dice—el peso de la miseria, de la pena, de los reveses y de los vanos esfuerzos, sería tan desmedido el hombre en el exceso de su arrogancia, que ella le destrozaría ó por lo menos le impeliría á la insensatez más inmoderada y hasta á la locura.»

En definitiva: sin dolor—de esto me estoy convenciendo muy á pesar mío—no se produciría ninguna obra de Arte. Ellas son engendradas, siempre, por el sufrimiento, encarnan el gesto de protesta de las almas laceradas. Son un desahogo: la válvula noble de las torturas internas.

Sin dolor ¿sería posible el Arte? Mi espíritu, que conoce la verdad, me responde negativamente. Es cierto: el Arte es hijo varón del sufrimiento. No existe obra ninguna, ni literaria, ni pictórica, ni de escultura, ni aun musical que no obedezca á una inspiración del dolor. Y no es que esté enceguecido y me niegue á aceptar la verdad. La biografía de todos los gran-

des artistas suministran relatos que robustecen mi tesis.

Ernesto abandonó el sillón y se puso de pie. Luego comenzó á pasearse por la pieza.

Pasó un largo rato. Se había abismado de nuevo en su meditación.

La movilidad del paseo, que había sucedido á la quietud de la poltrona recién abandonada, activó la circulación de su sangre. Estaba tenuamente nervioso. Y habló consigo mismo:

No, no me resigno al dolor. Protesto. Soy rebelde. Veremos si me doblan...

Llamaron á la puerta del cuarto. Y se oyó una voz de mujer:

—Niño, la cena está servida.

Ernesto sonrió con gesto de despecho y de rabia...

Hacía largo rato que estaban sentados á la mesa. Ernesto había advertido, desde el primer momento, que los ojos de Lucy se fijaban en él más atenta y más dulcemente que de costumbre.

El cielo comenzaba á ponerse diáfano. Aquella criatura—un diablo rubio hasta entonces—que tanto había penetrado en su alma para torturarla,

no parecía indiferente á su platónico galanteo de tres años.

La conversación de los comensales era trivial. Se hablaba de cosas subalternas. De pronto alguien aludió á un cuadro que se hallaba expuesto en un salón de la calle Florida, y manifestó su disconformidad con la opinión de aquellos que lo consideraban excelso. Hubo muchas protestas. Ernesto permanecía silencioso. Lucy lo miraba cada vez con más fijeza, como inquiriendo una opinión. Él seguía observando sin desplegar los labios. Lucy no pudo contenerse y se dirigió directamente á él:

—¿Verdad, Ernesto—le dijo en un tono de dulce confidencia—que ese cuadro de que se habla es divinamente hermoso?

Ernesto, á quien Lucy hasta ese momento jamás había hablado así, sintió desvanecimientos de ternura, y casi sonrojándose le contestó:

—No lo conozco, Lucy, pero te aseguro que debe ser hermoso. Y no te extrañes de ello. Hermoso y feo son calificativos de las cosas vistas á través de cada temperamento. Para ti puede ser hermoso lo que para otros es feo, y á la inversa. Todo depende de ciertas circunstancias perma-

nentes ó transitorias de la psiquis individual. Tú habrás notado, por ejemplo, que una composición poética que te ha agradado leída en cierta ocasión hasta el extremo de calificarla de sublime, te resulta poco menos que mediocre en una lectura posterior, cuando tu espíritu se encuentra ya bajo otra influencia.

En resumen: te quiero decir que no hay nada intrínsecamente feo. Todo depende del punto de vista en que se coloca el observador. ¿Me entiendes?

Lucy asintió con un suave movimiento de cabeza. Y mientras se comentaba en voz baja, y casi con sigilo, las palabras que se acababan de escuchar, ambos se miraron, fija, larga, intensamente...

Ya en el vestíbulo, terminada la cena, los dos hablaron.

Al despedirse, cerca de las once de la noche, Lucy, languideciendo, oprimió con ternura la mano de Ernesto, cuyos labios, temblorosamente, balbucearon dos veces: *Hasta mañana, Lucy mía.*

Y ambos suspiraron...

Estaba otra vez solo en su gabinete de trabajo.

Dispuesto á acostarse, fué en busca de un libro con que recrear un momento el espíritu. Recorrió rápidamente con la vista su nutrida biblioteca. Sin querer, sus ojos se detuvieron en un grueso volumen ricamente encuadernado en cuero rojo: *Los grandes dramas de Shakespeare,* leyó. Contrariado, volvió bruscamente la espalda á la estantería y se dirigió á su aposento.

La imagen de Hamlet le siguió los pasos...

No pudo conciliar el sueño. El buen Príncipe estaba allí. Le infundía terror la verdad que simbolizaba. ¡Qué ilógico había sido! ¡Cuánto podían las circunstancias! Él, hombre reposado y cuerdo, resultaba á la postre semejante á Hamlet, pobre Príncipe loco. Una mirada, un poco cándida, un poco afectuosa, lo había transformado. Ya no creía lo que aseguraba seis horas antes.

De pronto, se incorporó en el lecho, y en el silencio de la noche gritó solemnemente:

—*¡Yo te consagro, Hamlet! Desde hoy serás el símbolo del hombre.*

Á lo lejos, un perro encadenado ladraba á las sombras...

Y YO TE CALUMNIÉ

Y YO TE CALUMNIÉ

Por la ventana entreabierta, penetraba al aposento un vaho de campiña exuberante. La noche, sin luna, melancolizaba tenuamente el espíritu, y la tranquilidad del lugar, rodeado de desierto, convidaba á la meditación de lo pasado.

Raúl tenía marcadas predilecciones por esa soledad, y por la calma que le brindaba esta hora nocturna.

Echado atrás, sobre el respaldo de la mecedora de mimbre, la pierna montada en cruz y los brazos caídos en actitud desfalleciente, el joven mayordomo, noche á noche, dejaba correr las horas encerrado en su aposento y frente á la ventana que daba á un vecino bosquecillo de eucaliptus. Era su único descanso cuotidiano, y el epílogo de solaz que servía de broche al ferviente trajín de todo el día.

En la estancia no dejaba de extrañar, á todos, esta manía singular. Y hasta—respetuosamente por de contado—alguien llegó á hablar de una fortuna esfumada en correrías de la juventud, y de un arrepentimiento hecho efectivo en las tareas del campo. Pero, en realidad, nadie conocía el porqué de este modo de ser, un poco exótico.

Aquella noche—una noche plácida de últimos de Octubre—Raúl se había sentido, como nunca, atraído por la soledad de su alcoba. No bien terminada la cena, y sin detenerse á impartir órdenes para los quehaceres del día siguiente, como le era habitual, casi precipitadamente se retiró á su cuarto.

Por su alma había comenzado á pasar una visión azul de cinematógrafo. Y el recuerdo, como algo que se ve libre de improviso, se despertó con ímpetu...

Fué una tarde, en el corso de Palermo. Ella lo había mirado primero. Y después él. ¡Cómo recordaba el idilio que siguió al encuentro casual de aquella tarde!

¡Los ojos azules de Ruth! ¡Ah, qué hermosos en aquella cara blanca y transparente hasta pa-

recer de *biscuit!* ¡Y lo que vino después! ¡Y aquella carta; aquella carta que puso fin á todo, una noche muy negra!...

Raúl no había olvidado nada. Y el tormento interior, huyendo del cual se consagraba ahora tan febrilmente á las tareas rurales, volvía á renovarse. El recuerdo, que suma en sí los rigores de todas las torturas, y que quizá los quintaesencia para intensificarlos, removía todos los escombros de aquel palacio ideal que vino á tierra: y el alma de Raúl, como el cuerpo de un mártir, ofrecía un espectáculo de lástima.

Él se entregó al martirio; y vivió su pasado...

Después de su encuentro en Palermo, Ruth y Raúl se habían vuelto á ver repetidas veces. Un día pudieron hablarse, en un *skating*. Patinaron juntos: una vez, dos veces, muchas veces. Los días de moda, ambos eran infaltables.

El idilio no tardó en ser notado por los padres de ella. Sobre todo por la mamá, que llamó la atención de su esposo sobre las excesivas *temporadas* de su hija con Raúl. Y luego las hermanas mayores. Y en seguida los hermanos. Todos...

Un domingo por la tarde, en el soberbio come-

dor del confortable hotel, se reunió un consejo de familia. Y se hizo comparecer al *reo*.

—¿Quién es ese caballero, Ruth—le interrogó la madre con gesto desdeñoso al par que imperativo—á quien consagras, con tanta fidelidad, todas las sesiones del *skating?*

Soy tu madre y tengo el derecho—según pienso—de saber á qué obedece esa afabilidad con que le tratas, y que, después de todo, te pone á ti en ridículo.

Ruth no contestó.

—¿Por qué callas, niña?—continuó la madre.—¿Acaso no te hago esta pregunta porque me cuido mucho de tu bien?

El silencio de Ruth, que había inclinado la cabeza sobre el pecho, como el Cristo de la tela de Murillo, desconcertó á los del consejo. Se miraron, y una mueca que delataba estupefacción, se dibujó en todos los rostros.

—Si no quieres hablar, lo haré yo por ti—dijo de pronto, y en forma tan abrupta que hizo volver á todos la cabeza, un jovenzuelo lampiño y asaz acicalado.

—Voy á decir por ti quién ese caballerito que te resulta tan simpático. ¿Quieres oir?

Y cruzando la pierna, mientras introducía ambas manos en los bolsillos del pantalón, apoltronóse con gesto de hombre que protege.

—El fulanito ése—dijo luego, acompañando cada palabra de una mueca—es el hijo de un talabartero, que pudo ser rico pero que se murió de hambre. Él, creo que individualmente no es malo. Lleva un apellido con terminación en *ini* y repetición excesiva de algunas letras. La *t*, por ejemplo...

Sodos sonrieron. Por la mejilla de Ruth se deslizó una lágrima...

—Decía que no es malo—continuó el que tenía la palabra,—y creo no equivocarme. Pero, ¿tiene carrera?; ¿goza de posición pecuniaria?; ¿viste á la moda?; ¿ostenta un apellido que, por lo menos, supla todo aquello de que pueda carecer? No, por cierto. Luego no es digno de ti. ¿Lo entiendes? Y—esto era lo que te quería decir—si no cortas en el acto toda relación con él, yo habré de asumir otra actitud que no es la que he asumido ahora. Soy tu hermano, y, sobre todo, soy hombre...

Ruth se incorporó, dejó escapar un sollozo, y cubriéndose la cara, con ambas manos, se internó en los aposentos...

«Señor Ramírez: No sé cómo calificar su actitud. Creo que es una cobardía. Los hombres cuando son tales, no obran como usted. Se pega de frente, señor mío. Por la espalda sólo hieren los eunucos.

Y, después de todo, debe saber usted que los hombres no tienen más mérito que el de su propia virtud, ni más deméritos que aquellos que son la consecuencia de sus vicios. De consiguiente, nada sirven, para acrecentar ó aminorar el valor individual, los buenos frutos del árbol genealógico, ni todos los pecados de la generación antecesora. Si es verdad que es libre, el hombre no puede responder de aquello en lo que no ha tenido participación, y no debe, en justicia, gozar de las prerrogativas del mérito ajeno. Yo, por lo menos, extiendo mi mano, cordialmente, al hijo de un ladrón si él tiene honra, y escupo al rostro del primogénito de un héroe, si él no ha marcado el rumbo de su padre...

Raúl Spittini.»

Tal fué la carta que escribió Raúl al hermano de Ruth la noche misma en que, al volver del *skating* sin haberla visto, halló sobre su velador

una esquela insultante en la que se le conminaba á abstenerse de toda relación con ella.

Y Raúl recordaba ahora el efecto que la carta produjo, y lo que vino después.

Seis meses habían pasado desde que escribió aquellas fulminatorias líneas, cuando una noche, en la tertulia de una casa amiga, el doctor Gutiérrez—joven abogado de bastante prestigio—dejó entrever cierta afección por Ruth. Después se supo que estaban comprometidos.

Raúl, entonces, sintió rugir adentro á la loba del odio. Y trató de insinuarse al joven novio.

Más rápidamente de lo que él mismo creyera, concertó su plan. Ruth no podia pertenecer á otro que á él. Había que agotar los medios de combate.

Por espacio de dos meses hizo cuanto estuvo de su parte por verse diariamente con el doctor Gutiérrez. El tema de sus conversaciones era siempre el mismo: su antiguo idilio con Ruth; el primero que ella tuvo.

El propósito de Raúl no era otro que el despertar los celos del abogado. La epidermis psíquica de éste, empero, no tenía la delicadeza necesaria para lograrlo. Era del grosor que lo es la de todos los que forman el rebaño...

Fracasado este plan, Raúl se creía perdido, cuando una noche Mefistófeles se le metió en la cabeza. Y escribió esta carta:

«Mi estimado doctor Gutiérrez: Hasta ahora—quién sabe por qué—no le he confiado un secreto que hoy ya no puedo guardar. Ruth no está limpia, amigo mío. Pesa sobre mí el pecado de la mácula que la cubre. Le doy á usted mi palabra de caballero.»

El último recurso estaba jugado. La calumnia, demasiado lo sabía él, produciría el efecto que deseaba.

Interiormente se sinceró consigo mismo. No había echado al aire esta terrible infamia sino para salvarla y para salvarse. Ella se lo había dicho: *cualquier hombre*, *no siendo tú*, *me haría desgraciada*. Por eso, precisamente por eso, la había calumniado. Sí; ¡para salvarla!...

El compromiso quedó roto. El doctor Gutiérrez tenía la prueba, según lo declaró á los padres de su prometida. Y la maledicencia tuvo pasto para el entretenimiento de mucho tiempo.

Ruth comenzó á ser señalada con el dedo. Le fué imprescindible huir de Buenos Aires; pero hasta su retiro, en las sierras de Córdoba, la alcanzó la sombra de aquella terrible calumnia, que nadie trató de conocer en su origen, pero que, según es habitual, todos creyeron como dogma de fe.

La pobre víctima ignoraba en absoluto el punto de partida de esa sombra infamante que la envolvía, hasta que cierta tarde, una esquela deslizada furtivamente en su aposento á la hora de la siesta, por mano de una de las mujeres del servicio, le abrió los ojos y le deshizo el alma. Decía ella:

«Ruth: Sé que sufres. Por eso te escribo. Un día me dijiste que cualquier hombre que se uniese á ti, no siendo yo, te haría desgraciada. Gutiérrez te llevaba á la boda. Había que salvarte: y yo te calumnié... ¡No había otro recurso! ¡Perdóname!

Raúl.»

Sentíase agobiado por un peso intangible. Quiso incorporarse, pero una fuerza misteriosa lo clavó en el asiento.

Y la visión de Ruth, coronada de rosas en el ataúd de ébano, lánguidamente se presentó á su espíritu...

LAS DOS FUERZAS

LAS DOS FUERZAS

17 de Junio:

Mi alma sigue invariablemente como ayer. Debo ser un enfermo. Hoy he sentido verdadero prurito de matar. El crimen no me atrae sólo por lo que tiene de estético. Si así fuese me explicaría, quizá, mi actual estado psicológico. Me siento arrastrado y tengo que resistir. Y resisto porque una fuerza, tan extraña como la que me impele al crimen, opera en mi espíritu y me aleja de él. No sin motivo escribí en una de las páginas anteriores:

Creo, como creo en el sol, que en el universo soy un preciso punto de conjunción de dos fuerzas terriblemente antipodas: el bien y el mal. En mi alma, como en ninguna otra alma de varón, estas dos fuerzas libran combates excepcionales por lo bruscos, por lo terribles, por lo bárbaros...

Tal creencia, á ratos, hace luz sobre el

porqué de mi ser enigmático. Pues yo lo sé: antes que raro y que loco soy un enigma... ¿Acaso no estoy convencido de ello?

Quizá no siempre, en este asunto, me muestre su austero rostro la verdad. Como quiera que sea, empero, mi convicción está ya formada: soy un enigma, y no por otra cosa que por lo inexplicable de mi particular psicología.

Dios tiene talento. Me hizo de una arcilla especial para que mi alma tuviera verdaderas condiciones de laboratorio. No hay duda: Yo estoy destinado á servir á una serie de delicados experimentos que la Naturaleza tiene imperiosa necesidad de efectuar. Porque, hasta ahora, no se han hecho esta clase de ensayos. Y es indispensable que se hagan. Alguien quiere saber qué efectos logra producir en el alma de un hombre la conjunción de dos fuerzas que eternamente se repelen. Veremos lo que sucede mañana.

Así, textualmente así, rezaba la página, ya borrosa, que el doctor Rodríguez había dejado, dos noches antes, sobre mi mesa de trabajo.

—Léala usted—me dijo al entregármela;—léala y después hablaremos del asunto. Para mí el autor

de estas líneas es un caso especial de estudio. La hoja que dejó en su poder la recogí de entre los papeles de una persona de cuya privanza gocé. Según entiendo, pertenecía á un viejo libro de memorias escrito en la juventud, y posiblemente antes de un suceso estupendo que relataré á usted más adelante.

Yo leí la página, la leí con fruición. Y tuve miedo...

Después pasaron ocho días. Al cabo de ellos volvió á visitarme el doctor Rodríguez.

Ninguno de los dos nos atrevimos á abordar el tema. Conversamos largo rato de cosas indiferentes. Al pasar, quizá llevado por la preocupación que me dominaba en ese momento, me referí á los hombres espiritualmente exóticos. El doctor Rodríguez creyó que mi intención era iniciar el debate del *asunto;* y previo cierto gesto especial lleno de ceremonia, me dijo apoltronándose:

—Voy á narrar á usted una historia que á mí me resulta no sé si terrible ó ridícula. Ella le explicará acabadamente lo que usted no haya podido descifrar en la página que hace algunos días confié á su estudio. Escúcheme usted:

Era yo todavía un niño cuando vi por primera

vez al doctor Inchausti. Lo recuerdo, fué una mañana gris y triste, en la que la neblina era densa y hacía mucho frío. Parábamos en el mismo hotel. Cuando lo vi, su persona me causó verdadera impresión. Era alto y escuálido. Una larga y espesa barba le ocultaba casi por completo el rostro, en cuyo fondo relampagueaban dos menudos ojos vivaces.

La casualidad quiso que la misma tarde del día en que lo vi por primera vez, entablásemos relación. Yo era el único niño mayorcito que había en el hotel. Quizá por eso se dió conmigo. Visiblemente le huía á los hombres, y sobre todo á los viejos...

En pocos días Inchausti y yo, guardando las distancias que nos imponían nuestras respectivas edades, éramos ya dos antiguos camaradas.

Él no tenía secretos para mí. Y á esto, precisamente, debo el conocimiento de todo el misterio de su vida. Óigalo usted:

Juan Carlos Inchausti nació en un rincón de América. Cuando estudiaba tercer año universitario en la ciudad capital de su patria, se enamoró de una aprendiz de modista, muy hermosa y por lo tanto demasiado mujer.

Margarita—así se llamaba la adorada—correspondió al amante el tiempo que lo suelen hacer todas las niñas: dos meses escasos. Después, entregó su corazón á un apuesto dependiente de almacén. No obstante, seguía aceptando las demostraciones de Inchausti...

Él no sospechó nunca la traición: era demasiado hombre.

Un día notó que la frialdad que su amada había comenzado á demostrarle recrudecía asombrosamente. Quizá dominado por algo de eso que el léxico del vulgo apellida celos, inquirió una razón de ello á Margarita. Ésta, por toda respuesta, se sonrió...

Hubo entonces un largo suspiro intensamente triste. Luego los dos amantes no se vieron más.

Inchausti, en esa hora, sintió poblarse de Holanda su cerebro. Amaba á Margarita, casta y sinceramente, como se ama á una flor. Su desprecio lo anonadaba. Cuando supo la verdadera causa que la movía, pensó vagamente en el suicidio. Él había descendido hasta ella, desde el pináculo de su posición social, y ella prefería las dotes demasiado clásicas de un vulgar acólito de mostrador, á su nombre, á su porvenir y á su cariño...

Desde entonces se iniciaron en el espíritu de Inchausti esos que él mismo llamaba experimentos. El bien empezó á luchar con el mal. ¡Y qué luchas, amigo mio!

La página que he puesto en sus manos, y que sin duda habrá leído usted, es una prueba muy clara de ello.

Yo me estremezco de terror á la sola evocación de uno de aquellos inverosímiles combates interiores.

Se lo voy á referir á usted con las mismas palabras con las que Inchausti grabó este recuerdo en su libro de memorias.

Y sacando un papel de su cartera, el doctor Rodríguez leyó:

No hacía un año aún—son los términos de Inchausti—que me había recibido de médico. Mi fama de buen facultativo estaba entonces en formación, pero era yo lo bastante conocido para que algunas familias de las más aristocráticas de mi ciudad natal pusieran en mis manos uno que otro de sus enfermos.

Pues bien. Cierto día fuí llamado con urgencia á la casa de la familia de B...—Lucía, una hermosa princesa de quince años, se

sentía gravemente indispuesta. Comparecí al llamado. La examiné. No había duda: se trataba de un caso claro de apendicitis.

Iba á revelar la gravedad de la dolencia á la familia de Lucía, cuando, de pronto, me acometió un terrible deseo de hacer mal. Bien sabía yo que la más breve demora bastaba para cegar aquella vida, tan pletórica de todo lo que faltaba á la mía. Y pensé en dejarla morir. En ese instante, supremo y terrible, había en mi interior una como tormenta de sombras, y el rostro de Voltaire, malignamente sonriente, parecía pronunciarse sobre el mío.

Quise deshacerme de aquel infernal pensamiento, mas todo fué en balde. Si por un lado el agosto prematuro de esa flor, que nada sabía del frío del invierno, tocaba rudamente las fibras delicadas de mi espíritu, por el otro, los terribles insomnios de mi vida nublada iban puntualizando en mi corazón un secreto prurito de venganza.

Yo tenía bien presente, en ese instante, el cuadro que epilogaría la muerte de la niña. Y en verdad, me resultaba sugestivo.

Ver tronchar esperanzas con vigores de

robles, era para mí algo que aguijoneaba mis placeres de esteta.

El llorar de la madre que se enorgulleció tantas veces de los elogios tributados á las prendas de su hija, la desesperación de los allegados vanidosos que la presintieron triunfadora en hiperbólicos salones de ensueño, la profunda tristeza de las niñas coquetas que se jactaron de gozar de su privanza, y la dantesca agonía, también, del secreto adorador predilecto, que allá, en una tarde, escuchó una promesa que era un cielo: todo, todo, daba desmedidas ampulosidades á la fiereza de ese tigre espiritual, que está rugiente siempre dentro de mi corazón todo Siberia...

Yo creí, ó quise creer entonces, en la universal comunidad de las mujeres, y pretendí vengar con la muerte de Lucía la ofensa que me hiciera su sexo en los crueles desprecios de aquella otra hermosa cuyo recuerdo se ha identificado con mi vida.

Y ahora, interrumpió el lector, oiga usted lo más terrible:

La dejé morir, y pude presenciar el cuadro.

Y gocé, gocé una porción de placeres incontables...

En medio de una sociedad que maldigo, y en medio del desmoronamiento de mi fama reciente, fuí por algún tiempo feliz. La venganza, así como yo la entendía, había echado un poco de sol en mi cerebro.

Pasó el tiempo, y después, tras el ocaso, vino la noche. El mal fué descendiendo lentamente, como un telón en una escena dramática de efecto. Y noté de improviso la presencia del bien. ¡Qué noches pasé entonces! Mi desprestigio científico, que antes había despreciado, se me clavó como una daga. Debo confesarlo. Yo tenía conciencia de mi propio valer. La muerte de la niña no se la podia achacar, jamás, á mi impericia médica. ¡Demasiado conocí desde el primer momento cuál era la dolencia que la aquejaba; y bien presente tuve, también, todos los procedimientos quirúrgicos y clínicos que debieron emplearse para salvarla! Se había muerto sólo porque yo había querido que se muriese. Fué un acto consciente. Sí, perfectamente consciente...

Esto explica mi desesperación. Yo no podía defenderme sin revelar el secreto de sombra

que envolvía á mi espíritu. Me resigné, y después, cuando mi situación se hizo imposible, emigré de mi patria.

Desde entonces, varias veces, la muerte de Lucía me ha provocado diversos é inexplicables sentimientos. Á ratos he experimentado placer, á ratos miedo, á ratos vergüenza, y á ratos, también, un profundo y terrible remordimiento. Pero hasta ahora ignoro si he hecho bien ó mal. Por eso he escrito alguna vez que soy un caso de estudio...

Después hubo una pausa. El doctor Rodríguez, que á partir de la segunda mitad de la narración había dado á su lectura una sollozante tonalidad de música de *requiem*, concluyó como el epílogo evocador de un salmo triste, cuya última armonía se pierde en el conjunto de las notas finales, que agonizan bajo la pesadez del órgano cansado...

Ambos guardábamos silencio. Un silencio como el que prologa siempre á la admiración de las cosas estupendas. Luego, mientras yo intentaba desasirme de una enorme carga de meditaciones sobre cosas profundas é imposibles, el doctor Rodríguez continuó su relato.

Yo oí muy poco del resto de la narración. Apoltronado en mi sofá, frente á mi interlocutor, soñé con los ojos abiertos. Estaba como nirvanizado de sombra...

Mientras el doctor Rodríguez habló, apenas si distinguí, confusamente, el acompasado movimiento de sus labios. Sobre lo que relató nada sé. Lo ignoro todo. Sólo recuerdo que después de estrechar su mano cuando me la tendió al retirarse, me senté, cerré los ojos, y así permanecí—entre dormido y despierto—hasta que rayó el alba.

Rodríguez acababa de abrirme, quizá sin saberlo, un campo nuevo á las especulaciones de mi espíritu...

Hace un año ya que conozco la historia misteriosa é íntima del doctor Inchausti. Durante el año transcurrido he estudiado y analizado mucho su personalidad psicológica. Para mí ya no es un enigma. Sencillamente es un hombre...

¿No lo creéis? Pues bien: consultad á vuestra propia conciencia. En todos nosotros hay gérmenes de eso que modeló el espíritu de Inchausti. Para hacer eclosión, no necesita más que la vida le brinde la oportunidad de ello. Y después, ¿quién

puede asegurar que todos los hombres—más ó menos aparentemente correctos y sensatos—no obran á toda hora como Inchausti? ¿Conocemos, acaso, el obscuro misterio de todas las almas?

Para el que cree en lo incognoscible, lo que Inchausti llamaba experimentos no es otra cosa que la lucha necesaria entre el bien y el mal, cuyos resultados, á la postre, determinan la suerte de ultratumba.

Por qué se inclinó Inchausti hacia el lado del mal, preguntádselo á los poetas enamorados que se suicidan, á los maridos celosos que matan y á las novias soñadoras que se meten á monjas porque su paje azul se esfumó en los devaneos de una fiesta... Á todos ellos, como á Inchausti, los arrastra una de las dos fuerzas que trabajan á todos los espíritus.

¿Son inocentes, son culpables? Inquiríos á vosotros mismos la respuesta. Y después—serenamente—arrojad contra Inchausti vuestra piedra...

LOS MIEDOS

LOS MIEDOS

¡La Noche! Sí, la Noche es una anciana emperadora democrática. Hermana menor de la Muerte, bajo su cetro las cosas y los hombres desaparecen igualándose. ¿Acaso no es cierta la sentencia del refrán: *De noche todos los gatos son pardos?* Sea ó no sea, yo amo la democracia de las sombras. Al amparo de su égida, dentro de poco intentaré recorrer las amplias calles desmanteladas de los suburbios. No me internaré en la ciudad. El boulevard es aristocrático y tiene mucho de niña de salón. Como ella, es indiscreto, y sus focos de luz, al igual de los afeites femeninos, revelan, casi á gritos, las miserias... ¿Que no? ¿Y por qué, entonces, las *crèmes* rosadas y olorosas aman con predilección los rostros miserables de las niñas escuálidas, y las luces eléctricas caen casi siempre con más fuerza sobre las espaldas de los sacos enfermos, y besan de propósito las asentaderas carco-

midas por la inclemencia de los bancos? ¿Por qué? No lo quiero ni lo debo saber. ¡Pobre obra mía!...

Y calló.

El sol moribundo quebraba sus últimos resplandores en los cristales de la pieza. El artista se puso de pie. Dió unos pasos atrás, detúvose, y como buscando algo á la distancia, volvió su vista hacia el sitio que acababa de abandonar. Y sonrió.

Cierta deforme masa de barro atraía sus ojos: ¡un boceto de escultura! Boceto enfermo, neurasténico, raro. Multitud de líneas nerviosas y profundas, surcaban hacia una y otra parte el montículo arcilloso. Á primera vista, asemejábase á una enorme cabeza de león con abruptuosidades de gruta. Después á una tormenta de relieve, de esas que abundan en los cuadros del Calvario, y á algo, á todo, á nada.

La noche cerró. Dos portazos violentos y rápidos, anunciaron la salida del artista. No eran aún las siete. Nos encontramos.

Monsieur Bretau me tendió la mano, pidiéndome, al estrecharla con la mía, que lo acompañase.

Accedí, y empezamos á andar con lentitud de procesión. Tomamos el camino del *Bajo,* y casi sin advertirlo vinimos recién á detenernos en las

plazuelas que corren á espaldas de la Casa Rosada. Por indicación de mi amigo, nos sentamos en uno de los bancos más favorecidos por la sombra.

Permanecimos largo rato en silencio. Ambos meditábamos. Él, ¡quién sabe en qué quimeras artísticas! Yo, en el hambre.

¿No es acaso de esteta meditar en el hambre—en el hambre de muchos—para amortiguar el propio? Multitud de hambrientos, de todas las razas y de todos los siglos, desfilaron por las retinas de mi espíritu. Griegos, romanos, semitas, turcos, españoles; sobre todo españoles de la Conquista.

Aquí, los soldados de Mendoza saciando su hambre con suelas de zapatos y con carnes de hombres; allí, los expedicionarios del Norte cruzando á pie esteros interminables bajo la presión de días enteros de ayuno absoluto: por todas partes legiones de hambrientos, siniestros y terribles, cuyas figuras parecían arrancadas á los cuadros de Doré. Me complacían. Parangonándome con ellos resultaba más feliz. Y éste era mi objeto. Á la postre, mi hambre aún no tenía uso de razón: apenas contaba tres días...

Una palmada de mi amigo me esfumó las visiones. El cuadro cambió. Comenzamos á conversar

de Arte. De lo ambiguo y general pasamos á lo concreto y determinado. Y el artista habló:

—Hará unas cuarenta y ocho horas que estoy dedicado á dar forma plástica á una idea. Idea á la par de sombra y de sol. Hija de mi miseria, la engendraron mis ocios, mis ocios nocturnos, mis ocios como los de este instante. Ocios y labor á la vez, porque mientras duran trabaja la cabeza. Se piensa mejor de noche, en las sombras, cuando nuestros ojos materiales no ven la miseria de nuestros sacos roídos, y todo el panorama de dolor que nos harta, queda reservado á los visuales del espíritu... ¡Qué bien se ven, entonces, las cosas! y ¡cuánto mejor se piensa!

Yo creo que bajo los harapos de todos los mendigos, de todos los miserables, se oculta un artista. La necesidad, el hambre, los dolores, aguzan el ingenio, y son el verdadero acicate del talento.

¿No lo cree usted así? Vea, si no, esta prueba:

En una de las noches pasadas, cuando en este mismo sitio y bajo esta misma sombra *pensaba en que en nada pensaba* para ganarme el pan, di á luz una idea. Nació hermosa y robusta, como todos los hijos de los que no tienen qué comer... Escúcheme usted un instante: ¿Ignora acaso que soy

escultor? ¿Lo sabe? Pues bien: he ideado una obra, obra genial, que va á sacarme de pobre. Se trata, mi amigo, de un gran grupo escultórico, en el que estarán simbolizados todos los miedos. ¿Me entiende usted? Sí, todos los miedos. Porque ha de saber que hay muchas clases de miedos. El miedo de los falsos ó cobardes de espíritu, el miedo de los niños, el miedo de los hombres, el miedo de los buenos, el miedo de los malos, el miedo de los locos...

La escultura tendrá proporciones colosales. Ya la he empezado en miniatura. Los tipos los tengo aquí, dentro del seso. Unos los he tomado á las recovas del Paseo de Julio, otros á los boulevares, muchos, todos, á los salones.

Dentro de pocos días habré terminado el boceto. Visíteme usted. Me dará su opinión.

Se siguió un silencio. Después emprendimos el viaje de regreso á nuestras respectivas buhardillas. Uno y otro con hambre...

—¿Que ya no vive aquí? Pero, señora, ¡quizá usted confunda! Yo pregunto por monsieur Bretau, el escultor.

—Pues, el mismo; sí señor. Ya no vive aquí.

Posiblemente en ninguna parte, á no ser en la calle.

Hace cosa de dos días que fué desalojado de su cuarto por orden judicial. No podíamos esperar más. Nos debía como seis meses de pieza. Imagínese usted: ¡seis meses! Y, señor mío, *insolvente,* como dice el oficial de justicia. Ni un centavo, ¡hágase usted cargo! Ni una cabeza de alfiler, fuera de ese mamarracho de barro... Y me señaló un objeto que en el centro del patio servía, en esos instantes, de precioso entretenimiento á los pilluelos del conventillo.

Dimos unos pasos y nos llegamos á él. Era la obra de mi amigo. Modelada en barro común, á falta de arcilla, la escultura cuya destrucción había comenzado una turba de chicuelos, era verdaderamente original. Representaba algo así como una de las escenas de Alighieri.

Había tipos no modelados por completo, cuya perfección artística se podía valorizar, no obstante. Lo más genial era, sin duda, la figura bajo la cual creí descubrir la representación del miedo de los falsos. Mitad mujer, mitad sierpe, su rostro parecía espantado á la vista de sus extremidades de reptil. ¡Era grande, divina!

Me enamoré de la obra del maestro. Haciendo esfuerzos por convencer á la dueña de casa del reducido valor de ese trabajo, le pedí me lo cediese. Ella, temerosa de que fuera yo un enviado de su ex-inquilino, me fijó precio: ¡Tres nacionales! Salí á procurármelos.

Al día siguiente, muy de mañana, torné en busca de la obra. ¡Ya no existía! Abandonada en el patio, aunque fuera del alcance de los chicuelos, á quienes les fué vedado manosearla inmediatamente después de cerrado el trato de venta, la escultura había sufrido la inclemencia de una lluvia nocturna. Borrados todos los rasgos, reblandecido el conjunto, la obra quedaba trocada en un montículo de barro.

Sin decir palabra me retiré. Aquel ambiente de miseria y de metal dañaba los pulmones de mi espíritu. Me asfixiaba.

Y comencé á andar á paso de buey lento, porque la carga de la idea me pesaba demasiado. Y hasta me pesa aún. Me pesa, porque desde entonces conozco el porqué de la dinamita, y el porqué de los crímenes, y el porqué del suicidio... El metal, ¡oh! el metal...

APOCALÍPTICO

APOCALÍPTICO

La disertación, que fué una tempestad por lo pomposa, terminó en medio de la mayor indiferencia del auditorio que llenaba la sala. Y apenas si sonaron los aplausos convencionales y de estilo que, en las veladas cultas, ovacionan á todos por igual.

Heredia midió, inmediatamente, toda la transcendencia de su nuevo fracaso. Su presentimiento no se había cumplido, muy á pesar de su esfuerzo. Y, como siempre, había resultado enigmático. ¡Nadie lo había entendido! Ésta era la amarga verdad que se veía obligado á gustar.

Cuando bajó del palco escénico, dispuesto á huir abrumado por el peso de la reciente derrota, alguien lo detuvo para felicitarlo por su «*triunfo*»; pero él, virilmente y con un gesto trágico, desechó indignado la mano que se le tendía.

—¡Usted miente!—gritó con rabia.—Usted es

incapaz de sentir mi Arte. Este discurso que acabo de pronunciar, no puede haberle agradado, pues el sol no brillará jamás para la anguila... Y sépalo usted bien: Estoy convencido de mi fracaso. Sé que no me han entendido, y esto, aunque me indigna, me llena también de satisfacción. ¡Es el más portentoso de mis triunfos! Con él he superado al Stelio Effrena de D'Annunzio... ¡Imbéciles!

Y se fué.

Francamente, el tipo había despertado mi curiosidad, en fuerza de lo que tenía de exótico. Y esta escena, tan llena de gesto, de la que, por accidente, había sido testigo, me lo brindaba superlativamente interesante.

En consecuencia, traté de llegarme á él. Un amigo común nos puso en contacto.

Mucho tiempo pasé frecuentando las tertulias de Heredia sin haber logrado penetrar en el interior de su espíritu, que era, de todo lo suyo, á lo que mayor importancia le asignaba *mi flaqueza psicológica*.

Aquel personaje tan enigmático y nebuloso en sus escritos y en sus discursos, era en el trato vul-

gar de la vida ordinaria un hombre como otro cualquiera, de los tantos que se dedican á los estudios literarios.

Su debilidad—la única que le descubrí desde el primer día de amistad—la constituía el helenismo. Fuertemente enamorado de la Grecia artística, no admitía otra Belleza que la griega, pero amoldada á un concepto personal de lo bello, que le hacía negar, á todo lo que no se le ajustase acabadamente, el derecho inalienable de ser hermoso.

Una noche de Septiembre, lluviosa y triste, en que fuí el único de los contertulianos habituales que asistió al cenáculo del literato, Heredia tuvo conmigo una confidencia. Por fin logré ver, muy de cerca, todo aquel extraño panorama interior.

Aún recuerdo, perfectamente, la estupenda disertación suya de aquella noche inolvidable. Estábamos sentados el uno frente al otro, en un pequeño saloncito atestado de libros y lánguidamente iluminado por una lámpara que parecía agonizar. Acababan de dar las diez y un absoluto silencio nos rodeaba. De pronto Heredia se incorporó bruscamente, y con un gesto que me llenó de secreto espanto, avanzó resueltamente hacia mí.

—¿Se acuerda—me dijo crispando las manos convulsivamente,—se acuerda de la noche de mi espléndido, colosal, ruidoso y último fracaso? ¿Se acuerda?

Como yo, estupefacto ante aquella inesperada y dramática actitud, no atiné á responder, Heredia continuó:

—¿Y sabe usted por qué no se me aplaude, y por qué mis libros caen en el vacío cuando no en el ridículo? Pues, sencillamente, porque no se me entiende, porque estoy muy por encima de todo lo actual. Á Nietzsche le pasaba otro tanto. Y si no haga usted memoria de cuanto este magistral loco ha consignado en su «*Ecce Homo*»...

¡No me entienden! ¿Y por qué no me entienden?

Por todas partes veo que mis obras son recibidas con esa sonrisa compasiva y paternal que gastan los cuerdos para con las ocurrencias disparatadas de los locos ingenuos. Y esto me duele, me trastorna, criminaliza mi espíritu.

Alguien ha cometido la puerilidad de decir que todo lo que escribo y que todo lo que hablo es apocalíptico. ¡Qué estupidez! No hay nada más claro que esta brillante obra mía, fundada en la Belleza, hecha para la Belleza, y que es la mate-

rialización del más alto concepto ideal de la Belleza.

¡No me entienden! ¿Y cómo yo me entiendo? ¿Y cómo yo gusto placeres estéticos cuando escribo ó cuando leo lo mío?

En esa disertación que usted conoce y que ha sido mi última tentativa por lograr que los hombres sientan la Belleza como yo la siento, descendí de la altura en que vive mi espíritu, y hasta la cual nadie ha llegado todavía, para enseñar á los que me escuchaban á ascender y para hacer gustar á muchos el placer de las alas... Pero mi esfuerzo ha resultado estéril.

Después de todo, yo tengo la culpa: ¿No le parece á usted una ingenuidad de parte mía pretender que las aves de corral aleteen fuera de su encierro de alambre y se aproximen al Sol? Por eso he desistido de mi primer propósito.

Ello no implica, empero, que me halle satisfecho, aunque aparentemente lo parezca.

Cuando, como en la noche de la última disertación, me declaro triunfante sobre la estupidez de los muchos—la gran bestia á que alude Víctor Hugo—sólo habla mi boca, que es instrumento de mis rebeldías de hombre, pero calla el artis-

ta que vive en mi interior, y que, adolorido, palpa serenamente la derrota...

Yo no sólo necesito sentir y gozar individualmente la Belleza: me es imprescindible, que otros la sientan y la gocen al igual mío. Es la necesidad de expansión que nos tortura á todos, y que una vez satisfecha intensifica el placer ó atenúa el dolor. Y á ello obedece mi indignación contra los que, sin tomarse el trabajo de profundizarme, acercando su psiquis á la mía, me sonríen protectoramente y hasta me compadecen.

Esa actitud de todos y de siempre, aguza mi rabia y despierta la ferocidad de mi tigre interior.

Créame usted: dentro de cada artista hay, agazapada de continuo, una fiera que tiene la misión sacerdotal de oficiar las venganzas del Arte. Ella inmola, bárbaramente, por mandato de la suprema Belleza lesionada. Es la prolongación simbólica del Abraham bíblico, en el momento augusto de aderezar la hoguera para Isaac...

Y la fiera, siempre expectante, suele saltar á veces. La criminología moderna, que se empeña en justificar los actos culposos acogiéndose al fácil amparo del determinismo psicológico, que nos automatiza declarando que el hombre «es tal cual

no podrá dejar de ser dadas las condiciones», debería bajar más al fondo de las almas maculadas. ¡Quién sabe cuántos artistas anónimos yacen purgando en la mazmorra culpas que no cometieron, desde que obraron, exactamente, como el patriarca y padre del pueblo de Judá!...

Yo, donde usted me ve, soy un caballero andante del ideal de Belleza, y sé romper lanzas y sé gastar bravura.

¿No cree usted muy justa y muy noble mi indignación? ¿Y qué haría el Sol, amigo mío, si una luciérnaga cualquiera le mofase protectoramente porque no alumbra de noche?...

Y se tiró, como anonadado, sobre el sofá que estaba frente al mío.

Pocos meses más tarde, uno de los diarios matutinos, registraba esta noticia entre las de su sección de policía:

Anoche fué muerto, de una puñalada en el corazón, en uno de los bancos de la plaza del Retiro, el joven estudiante universitario Juan D. Solís.

Su matador, un sujeto de apellido Heredia, se halla en poder de la autoridad. Hasta ahora, se ignoran los móviles del crimen.

Cuando terminé de leer esta noticia, lacónica pero reveladora para mí, sentí desvanecimientos de vencido, y el recuerdo de aquella noche de Septiembre, lluviosa y triste, vistió de color lila mi entusiasmo...

EL ANSIA

EL ANSIA

La serenata de Schúbert agonizaba, pomposa y melancólicamente, cual una puesta de sol. Aquella música, arrobadora y magnífica, envolvía como en gasas los espíritus, y mientras los ojos de todos se cerraban, por el salón, pletórico de luz, pululaban las almas en ascenso...

Cuando el piano calló, hubo suspiros que acusaban pesadumbre. Parecía que una montaña invisible pesaba sobre todos. El anciano, entonces, habló:

—¿Ha notado usted, señora, la influencia que ejerce en el ánimo cualquier audición musical? ¿Lo ha notado usted?

Yo no sé si ello obedece á que constituyo la excepción, pero es lo cierto que toda vez que, como en esta noche, me deleito escuchando melodías maestras, mi alma sufre mutaciones que me alarman. Rejuvenezco, señora. ¿Lo creerá us-

ted? ¡Rejuvenezco!... Paréceme que cierta música tiene para mí las propiedades del espejo de Fausto. Y advierta usted que rejuvenezco en toda la plenitud psíquica de los veinte años.

En este mismo momento, mi espíritu vive horas intensamente vividas, hace más de medio siglo...

—Es extraño—objetó la interlocutora. Y pensó, para sus adentros, en un posible trastorno mental de su contertulio.

Éste, empero, muy reposadamente, prosiguió hablando:

—Le he dicho que cierta música me rejuvenece. Pues, verá usted: yo soy un sentimental. Mi profesión—la medicina—no puede estar reñida con las ansias de Werther. Es inexacto que cuando como en mi caso, se pasan decenas y decenas de años junto á las camas blancas de los hospitales ó domando repugnancias instintivas sobre la mesa de los anfiteatros, el devoto de Carlota se evapore. Al contrario, muy al contrario. La visión diaria de los dolores físicos, dulcifica el espíritu, señora, nos hace sentimentales, y hasta creo que nos lleva al amor. No se asombre: estoy constatando una verdad.

La música, que parece tener la facultad de ablandar el espíritu—disculpe usted la frase—logra que todos esos sentimientos abandonen el fondo ignorado y aparezcan, así como los restos de los naufragios, que flotan recién cuando la mar se calma y se serena... Ello explica, perfectamente, el fenómeno que pasa en mi interior.

Á usted, como á todos, no dejará de extrañarle mi manera de hablar. Quizá, ahora mismo, esté usted pensando en la conveniencia de recluirme en un manicomio. Es razón corriente que ciertos temas en boca de quienes llevan la cabeza con nieve—como yo por ejemplo—acusan perturbación mental. El egoísmo, que sólo es pecado de la juventud, se levanta contra el sentimentalismo amoroso de los viejos. ¿Y por qué?...

La encopetada matrona, á quien hablaba tan elocuentemente el viejo médico, hizo un gesto casi como de fastidio, y hasta dejó entrever la resolución, ya tomada, de abandonar este *tête-à-tête* que le resultaba peligroso. El anciano lo comprendió.

—No tema usted, señora—le dijo sonriendo.—Estas verdades, si le parecen desatinos de loco, es debido sólo á que no está usted habituada á oir-

las. Ocurre con ellas lo que con la luz cuando se pasa á su plenitud directamente desde la sombra: hiere, hace daño, molesta en definitiva.

Yo no he de ser causa nunca de un mal rato suyo. Por eso quiero que se convenza de que si le hablo así, de manera tan poco cuerda á juicio del criterio vulgar, es obedeciendo á un mandato interior del que ha sido portadora, precisamente, la magistral melodía de Schúbert.

Hace un rato le dije que la música me rejuvenece. Quise con esto darle á entender que ella provoca en mí estados psíquicos que generalmente se creen exclusivos de la juventud. Y esto es un error. Así como es ridículo sostener que ciertas profesiones inhiben para el sentimentalismo, no lo es menos asegurar que el amor en los viejos importa un síntoma de locura ó es la manifestación, cuando menos, del desequilibrio senil. No, señora. Aquello de que la Muerte y el Amor se encontraron cierta vez en el mismo aposento de una fonda, y que al levantarse equivocaron mutuamente las flechas y los arcos, llevándose el Amor los de la Muerte y ésta los del Amor, es simplemente una ficción literaria del Romancero Castellano. ¿Cree usted, acaso, en que:

«Mata el Amor con su vira
mozos, que ninguno pasa
de los veinticinco arriba.
Y á los ancianos á quien
matar la Muerte solía,
ahora los enamora
con las saetas que tira...»?

He dicho que carece esto de verdad, y me baso en que el amor no es, ni ha sido, ni será jamás patrimonio exclusivo de una determinada época de la vida. Él es de todos y de siempre. ¿Quién y por qué se me puede negar el derecho de amar? ¿No soy como todos?; ¿no tengo alma?; ¿no vivo?...

El amor es el ansia de todas las vidas. Es y ha sido mi ansia. ¿Existe algo que obligue á vedarme el derecho—sí señora, es un derecho—de aspirar el aire de las cumbres, de recrearme en los festines del espíritu?

Ya ve si soy razonable. Usted ni nadie, podrá contraponer nada sólido á mi argumentación. Ella es de hierro. Todos, á cualquier altura del camino, tenemos derecho—óigalo usted bien—tenemos derecho á amar y á ser amados!... ¿Me entiende?...

La matrona iba á contestar, pero en ese instante volvió á sonar la orquesta. Ambos contertulianos callaron. Y el alma de Chopin comenzó á invadir el ambiente como una leve bruma del otoño. Tocaban un nocturno. El viejo médico cerró los ojos é inclinó la cabeza, tristemente...

Á muchos que lo vieron ahí, se les antojó estar en presencia de la cabeza de un Cristo de Rubens, esculpida en alabastro. Tal era el gesto. Solemnemente, la boca entreabierta estaba delatando un ansia, así como una sed...

LA DERROTA

LA DERROTA

—La ciencia—dijo Egardo mientras miraba, con un gesto de despreocupación, el humo de su cigarro que ascendía en espirales caprichosas—no es todo lo soberana que se cree. Y no se escandalicen si les digo que, por lo general, sólo tienen fe en ella los que no la conocen.

No sé si ello importará una irreverencia, pero así lo siento yo, que entré á su templo pletórico del ansia de sus triunfos y que salgo, ahora, con el alma amargurada por la desilusión más evidente.

Los que hacían corro al novel médico, cuyo diploma universitario se festejaba aquella noche, se miraron como con sorpresa. Alguien, en su interior, pensó en la petulancia...

Egardo iba á continuar, cuando, al recorrer rápidamente con la vista á su selecto auditorio, ob-

servó que los ojos del viejo doctor Welmann estaban fijos en él. El rostro del célebre clínico delataba una una lucha interior, que culminaba en este instante. Egardo lo comprendió y se dirigió al maestro.

—Noto algo extraño en usted, mi querido doctor Welmann—le dijo en un tono de dulce afectuosidad.—Quizá le habrá extrañado mi reciente manifestación—agregó,—pero á usted más que á nadie le consta que no acostumbro mentir. Será inexacto lo que pienso—¡ello es humano!—pero, también, es cabalmente sincero. ¿No lo cree usted?

El doctor Welmann bajó un momento la cabeza, como para reconcentrarse mejor, y luego, levantándola casi con gesto de valiente soberbia, contestó á su discípulo:

—Sí, Egardo. Te creo, y no sólo te creo, sino que hasta estoy dispuesto á aducir pruebas concluyentes que robustecerán tu afirmación.

Aunque me duela decirlo, yo soy un convencido del fracaso de la ciencia. Dentro de mi corazón vive una historia que lo patentiza torturándome. En obsequio á la valentía con que acabas de dar á conocer tu propia convicción, el día mismo en

que se abren las puertas de tu carrera, que promete ser brillante, voy á contarte á ti y á los que te rodean un secreto terrible. ¿Me permites?

El tono, entre doliente y de misterio, en que habló el doctor Welmann, infundió religioso respeto á todos los oyentes.

Y el venerable viejo continuó:

—Era médico interno del hospital X, cuando una tarde, estando de servicio, fuí llamado á la sala de consultas para atender á una enferma. Se trataba de una niña hermosísima, de dieciocho años cuando mucho. Padecía de un mal extraño cuyo diagnóstico me fué imposible en la primera visita.

Me habló ella en una forma tal, y manifestó tanta fe en el resultado de mi intervención médica, que, quizá contra mi voluntad, le hice promesa solemne de curarla.

Por espacio de dos meses, la hermosa doliente concurrió al hospital día por medio. El mal, empero, se acrecentaba. Ensayé en ese tiempo toda clase de procedimientos curativos; acudí en consulta á mis colegas; cambié opiniones con los clínicos más afamados del país: pero todo en balde. La enfermedad avanzaba prodigiosamente.

Cierta mañana me anunciaron que en la portería del hospital una persona deseaba hablarme. Acudí en el acto. Era la madre de mi doliente, que venía á pedirme, con las lágrimas en los ojos, que me acercara hasta el lecho de su hija que se moría. Fuí temblando. No bien me vió, la enferma, en un arranque supremo de desesperación y de ansia, se incorporó tendiéndome los brazos.

—Doctor—me dijo bañada en lágrimas:—usted me lo ha prometido. ¡Sálveme, doctor! ¡Sálveme, que me muero! Usted lo puede hacer si así lo quiere. Para eso ha estudiado. Vea que me llevan... Yo no quiero morir. ¡Soy muy joven! La vida, ¡ah la vida!, recién se la aprecia en lo que vale, cuando se va, como la mía. ¡Sálveme, doctor! ¡Sálveme!...

Yo estaba como petrificado frente al lecho. Un frío extraño me torturaba las carnes. Y me sentía temblar...

—Sí, la salvaré—le dije de pronto en un arranque súbito de inconsciencia.—La salvaré...

Ella me miró, lánguidamente, y en su rostro, demacrado por el mal, se dibujó una sonrisa. Luego oí que me decía:

—Gracias, doctor, gracias...

Mi esfuerzo fué enorme. Noches enteras pasé insumido en montañas de libros, después de haber dejado transcurrir el día en observación, junto á la cama de la enferma. Pero, como siempre, todo resultaba estéril. El mal crecía, y la crisis fatal parecía aproximarse.

¡Cuántas cosas pasaron entonces por mi espíritu! ¡Y qué luchas heroicas fueron aquellas que tuve que librar para que la enferma no descubriese en mi rostro la verdad de mi fracaso. ¡La ciencia! ¡Ah! ¡La ciencia!...

¡Y qué enorme fué el derrumbe!... Mi enferma se murió, una noche de carnaval, llena de luna. Yo estaba junto á su cabecera, y ella oprimía mi mano fuertemente. Cuando noté que se iba, algo me saltó en el corazón. Ella me dijo:

—¡Lo han derrotado! Pero, no importa. Es mejor. ¡Ya no podría vivir, aunque me salvase!...

En el fondo de sus ojos azules, que comenzaban á cerrarse, yo vi una luz que me reveló un secreto. Y me sentí invadido por un ansia de tigre...

Aquella vida que se iba para siempre, se llevaba un pedazo de la mía. Y fué, recién, en aquella

hora tristísima y solemne, cuando atiné á comprenderlo...

El viejo no continuó. Y un sollozo, como de mujer por la ternura, llenó de niebla á todos los espíritus...

EL TRISTE

EL TRISTE

—El Sol acaba de entrarse. Muellemente tendido sobre el césped, mis ojos, fatigados de ver, se paseaban al desgaire por toda la amplitud del panorama que se iba esfumando en derredor. El eco amortiguado é impreciso de los ruidos distantes, apenas turbaba la monótona tranquilidad del momento. El *spleen* me invadía, nirvanizándome; y cuando pude darme cuenta, mis labios masculaban los versos de Verlaine:

Azul, todo él azul, estaba el cielo;
Verde, muy verde, el mar; tibio el ambiente.

Temo, y no es infundado mi recelo,
Que me has de abandonar inicuamente.

¡Siempre el lustroso boj y el tejo erguido!
Sus matorrales demasiado vi.

El campo inmenso igual... ¡Cuán aburrido!
¡Harto de todo estoy, menos de ti!...

Y una duda me asaltó: ¿Aquel momento de *spleen* no lo había vivido otra vez?...

Acudí al archivo de mi memoria. Evoqué todos

Tengo por seguro que ninguno puede responderme. Con todo, quedan ustedes complacidos. Ya conocen el porqué de mi tristeza...

Los que rodeábamos la pequeña mesa del café, nos miramos los unos á los otros, estupefactos, é interrogándonos, como á hurtadillas, con el gesto. Pero el silencio fué general.

Nadie hubiera creído que la indiscreción de Fröder que se acababa de permitir interrogar sobre la razón de su habitual melancolía al camarada á quien todos llamábamos EL TRISTE por antonomasia, nos iba á abrir—con la revelación de un secreto extraordinario—una nueva é inesperada ruta á las especulaciones del intelecto. Pero nadie se atrevió á hablar.

Después de un rato, EL TRISTE se levantó de su asiento, hizo un saludo ceremonioso, y salió como agobiado por una carga que se le hacía insoportable.

En el corrillo alguien creyó notar—pero muy tenuamente—que los labios de EL TRISTE balbuceaban: *El fenómeno; otra vez el fenómeno...*

RUMBO AL SOL

RUMBO AL SOL

No tenía aún quince años. Enamorada como la María de Isaac, la Naturaleza, de distinta manera que á la protagonista de la leyenda romántica, la había dotado de un físico deforme. Era fea, horriblemente fea. La llamaban *Chimanga*.

Y si su apariencia, entre humana y zoológica, la ofrecía, cuando menos, como un exponente acabado de la degeneración paulatina de su raza—la aborigen—la estructura de su psiquis, divinamente hermosa, parecía insinuar el aserto de que en aquella alma se había condensado en su quinta esencia, todo lo que tuvo de exquisito, á través de una larga existencia prehistórica, la tribu de sus padres: tal como si Tabaré, mudado de sexo, asomase por allí, y á hurtadillas, su espíritu sublime de charrúa y de blanco...

La infancia vivióla bajo la sombra de la choza

paterna. Después, cuando apenas contaba nueve años, fué traída á Buenos Aires. La *colocaron*. Y desde entonces comenzó la larga peregrinación de su espíritu. En los primeros tiempos de su residencia en la capital, sólo ocupó su pensamiento en volverlo hacia la tierra nativa, abandonada para siempre. Más tarde, la olvidó. Y después, andando el tiempo, llegó á odiarla.

El desfile por la calle Florida revestía aquel domingo una excepcional animación. Diríase que todo lo que tiene de sobresaliente, en lo bueno y en lo malo, nuestra revuelta ciudad cosmopolita, acababa de volcarse sobre la aristocrática calzada, tan reducida y enjuta, como el espíritu de los que la frecuentan de continuo.

La marcha de los vehículos era mesurada: asemejábase mucho á una antigua procesión de Penitentes.

Detrás de la airosa volanta descubierta, cuyos muelles asientos soportaban el peso, casi efímero, de dos tallos de flor de aristocracia, parejamente escuálidos, avanzaba, conteniendo sus ímpetus de velocidad, el automóvil portador de desplegados y triunfantes harapos de mujer. Y en aquella

amalgama de ruidos y silencios, de luces y de sombras, se confundían, aunadas por el fuerte abrazo estrecho de la robusta ostentación, las flores menudas y preciosas de los invernáculos sociales, y aquellas grandes magnolias tentadoras que han prodigado, á todos los vientos, sus hirientes perfumes excesivos...

Chimanga, á la puerta de la casa en que prestaba sus servicios de doméstica, seguía todos los cambiantes del cuadro.

La indiecita observó: Sus amas, distribuídas estratégicamente en los varios balcones del soberbio palacete, recibían especiales demostraciones de aprecio. De los que desfilaban á su frente, unos las saludaban y se sonreían, otros las saludaban sin inmutarse, con la misma ceremoniosa compostura que gastan los que creen al descubrirse ante las puertas de la iglesia; muchos las miraban sin saludar; pocos, casi ninguno, dejaban de advertirlas en su trayecto. Ella, empero, pasaba desapercibida.

La india pensó en el contraste. Al principio no se lo explicaba, pero bien pronto conoció la verdad. Y, cuando terminado el desfile, con un retrato de Elenita, la menor de sus amas, por de-

lante, consultó sus terribles presentimientos al espejo de la *toilette*, y hallóse fea, *Chimanga* experimentó en su interior todo el sacudimiento de un fenómeno seísmico. Vió á la luz de aquella revelación, no sólo el porqué del contraste que buscaba, sino mucho, ó casi todo, el esclarecimiento de un problema anterior...

Horacio, un primo de sus amas, pequeño y rubio paje de sus sueños románticos, se esfumaba para siempre. Acababa de comprender la razón de sus desaires, y el porqué de todas y cada una de las burlas que, sus cariños hacia él, le habían provocado entre sus colegas de servicios, cuando en las pintorescas veladas de la cocina había ella revelado sus amores.

Desde esa hora *Chimanga* comenzó á entristecerse. Y pronto, como las flores á quienes quema el sol, sintió las languideces del desmayo...

Un mes hacía que se encontraba en la estancia, lejos de todo y condenada á extinguirse entre la sombra. No lo dudaba ya: la tisis y la neurastenia la agotaban de consuno. Era el 1.° de Noviembre, festividad de Todos los Santos.

Para *Chimanga* fué ese día el más triste de su

vida. Se levantó á primera hora, casi antes que la esposa del mayordomo, á cuyo cuidado había sido confiada. No quiso desayunarse y salió á caminar. Quizá porque es cierta la observación de Nietzsche, de que todas las ideas de luz se conciben andando, *Chimanga* esa mañana sintió verdaderos desbordes de luz en el cerebro. Amó y odió á la vez, y cuando rendida dejóse caer al suelo, bajo la sombra de un hermoso sauce centenario, toda la poesía de su alma en flor resurgió de improviso en alas de vaporosas visiones neurasténicas. Luego, por obra de la devastadora fuerza de su mal, se adormeció sin quererlo. Y dormida, soñó en vagos imposibles.

Era ya casi medio día cuando *Chimanga*, pasado el involuntario letargo, emprendió su viaje de regreso á la casa.

Y así como la ida habíala hecho melancólicamente á paso mesurado, la vuelta fué toda una verdadera carrera maratónica.

Llegó agitada, nerviosa, enferma. No pudo almorzar y acostóse. Una terrible fiebre se le declaró á las pocas horas.

Y en sus delirios tuvo anhelos de escribir, la acometieron ansias, temibles como sed, de trazar,

aunque en croquis, la historia color lila de su espíritu, de contar—sigilosamente—á los que piensan, los secretos del Sol...

Pidió lápiz y papel, y la buena mujer del mayordomo se los proporcionó por complacerla. Cuando los tuvo, *Chimanga* se incorporó en el lecho, humedeció la punta del lápiz oprimiéndola entre ambos labios, detúvose un momento á pensar, clavando la vista en uno de los rincones de la pieza, é iba á emprender la apetecida escritura, cuando un grito horroroso, agudo y bárbaro, conmovió todos los ámbitos de la casa: la indiecita acababa de darse cuenta ¡recién! de que era analfabeta. No pudo resistir y se desplomó derrotada para siempre...

—¿Qué historia es ésta tan original y tan rara?—preguntaron al viejo preceptor casi en coro los oyentes, cuando éste hubo terminado su relato.

—Es la historia—contestó el anciano—de muchas vidas que no conocemos por lo ocultas. Es la historia de casi todos los espíritus. Puede ser la mía lo mismo que la vuestra. *Chimanga* es un símbolo. Y así como ella murió de amor, ultima-

da por la terrible y doble realidad de su ninguna hermosura y de su total analfabetismo, que le impedía transmitir á los seres distantes todo lo que era capaz de concebir y de pensar, hay cerebros con pruritos sublimes que se agotan de impotencia. No echen ustedes en olvido esta lección; y cuando en la vida tropiecen con ardientes tentativas que fracasan en los campos del Arte y de la Ciencia, respeten en los caídos, cuando menos, una nueva prolongación del alma de *Chimanga*.

El viejo enmudeció. Había hablado otra vez el Sinaí...

EL GESTO

EL GESTO

...Hubo un silencio. Él, entonces, leyó:

I

Elena mía: No estoy encanallado. Te sé buena y te sé noble. Por eso me dirijo á ti. No me desprecies. Escúchame. Quiero que sepas que cargo con mi cruz, serenamente, con la serenidad del justo á quien tortura el infortunio. No veas, jamás, en mi resignación y en mi silencio la prueba evidente del pecado supuesto. Á ti, tan sólo á ti, te digo y te juro que estoy inmaculado. Guárdame el secreto. Abro ante ti mi corazón, porque él es tuyo desde que te lo rendí como una ofrenda. Tú, únicamente, tienes derecho á saber la verdad por intermedio mío. Por eso callo frente á mis acusadores. Antes de condenarme, ellos debieron inquirir lo que ignoran aún.

Si después de leer estas líneas—dolorosamente serenas—te obstinas en creerme culpable, sea. Yo, en tanto, apelo al tiempo.

Ricardo.

II

Elena: Tu pregunta es hija de la duda. Tú, no me crees limpio, y yo no debo—pues así lo impone mi dignidad—ni siquiera pensar en vindicarme. Hacerlo, equivaldría á una auto-acusación.

Si tú inclinas la balanza hacia el lado de la maledicencia, que es el pan cotidiano de los inconscientes perversos que me calumnian—tal vez á pesar suyo—á mí me corresponde enmudecer.

Nadie sabe—y tú te encargas de decírmelo—nadie sabe de dónde procede la maligna versión que me sindica como cargado de pestilencias socialmente denigrantes, y ello, empero, tú sigues dando crédito al rumor.

Por lo mismo que no hay uno solo que asuma la responsabilidad terrible de la inculpación, y por lo mismo que el acusador no se individualiza abiertamente, yo quiero—que ello es caballeres-

co y es estético — afrontar en silencio la descarga.

Esto me hace sufrir; pero ¿qué importa? Es muy noble y es muy bello condenarse voluntariamente al suplicio de Tántalo...

Yo sé demasiado que una sola palabra bastaría para desvanecer el rumor. Yo sé cómo puedo confundir á mis acusadores. Pero no quiero, y no quiero por nobleza, por hidalguía, por alto quijotismo...

¿Qué objetivo persigue esta calumnia? Lo ignoro, pero creo que ninguno, á no ser el de todo sport. Porque—debes saberlo—hoy se calumnia con el mismo espíritu y con la misma despreocupación con que se juega á los dados...

No desesperes. Yo tengo fe en el tiempo. Sigamos esperando.

Ricardo.

III

Amada mía: Hoy ha brillado el sol. Tu carta, esperada todas las mañanas, desde hace más de un año, ha llegado por fin. Mi serenidad nos ha salvado á ambos.

Si á tu primera manifestación de disgusto, un

día después de haberme alcanzado la calumnia, yo hubiese tenido algún desplante, todo habría naufragado, y para siempre.

Sabes demasiado, Elena mía, que soporté tus enojos sin tratar de rehabilitarme, y tal hice porque esperaba en el tiempo, como tú puedes esperar en Dios. Si así no hubiese procedido, jamás habría esta carta llegado á mis manos, porque el abismo profundo estaría abierto aún. ¡Qué pesadumbres no te atormentarían entonces, cuando sabiéndome inocente te hallarías culpable de haberme maltratado!...

Lo acontecido, y sobre lo cual no debemos volver, te demuestra que existe ese factor X del que tantas veces te he hablado en nuestros soliloquios del jardín.

El factor X, dulce dueña mía, interviene á toda hora en nuestra vida. Con él no hay que gastar gesto alguno heroico. Las actitudes trágicas son contraproducentes cuando se trata de afrontarlo. Se le debe dejar actuar libremente. Así no hace daño. Es el tumor de los espíritus. Las intervenciones quirúrgicas prematuras, en lugar de sanar, matan...

¿Te acuerdas de Bergerac? Roxana no supo que

era amada hasta que Cristián no se esfumó de la escena. Hoy me siento Cyrano.

Tuyo siempre

Ricardo.

Y plegando las cuartillas se encaró con uno de los del corro: —¿Y ésta, amigo mío, es la documentación histórica de ese idilio que tú conoces casi tanto como él?

¡Tres cartas!... ¿Te interesa el epílogo de esta historieta melancólicamente pueril? Á mí no. Es un epílogo demasiado vulgar para ser hermoso. Á fe que me hubiese agradado otro más trágico, ó por lo menos más lleno de gesto. Ricardo así me resulta á la postre, un tontuelo con ribetes petulantes. Lo creía más lírico. En su lugar... ¿Te hubieras suicidado?

—¡No, hombre! El suicidio, que no será jamás un acto heroico, es siempre una cobardía cuando viene á borrar pesadumbres de amor.

En su lugar, te decía, yo no hubiese aceptado la reconciliación final. ¡Qué estupidez! El suplicio de Tántalo, para ser tal, debe estar completo. De lo contrario, no pasa de un breve Purgatorio.

Ricardo debió beber el cáliz como Cristo, hasta

agotarlo. Los finales plácidos, amigo, cuadran sólo á los cuentos de Callejas...

—Y, en definitiva, ¿qué habrías hecho tú, descubierta ya y patentizada tu inocencia?

—Callar. Yo soy como el acero...

—Pues, francamente, no alcanzo lo que tiene ello de gesto. Y, amigo, yo no veo á Cyrano...

—Hombre: te creía dotado de mayor perspicacia. El silencio cuando se puede hablar, y hablar libremente porque lo que se había sostenido en horas distantes, contra la evidencia de entonces, está comprobado por los hechos y puesto de manifiesto ante los ojos, acusa contextura de varón...

Ricardo, contentándose con la satisfacción interior de asistir al triunfo de la verdad—como espectador y no como protagonista—se habría engrandecido. Ahora, mal que le pese, no deja de ser un personaje de cualquier comedia de teatro para niños... ¡Pobre amigo nuestro!

Un afectuosísimo golpe en la espalda del que hablaba puso punto á la disertación. Y un joven ceremonioso se agregó á la tertulia.

—¿Interrumpo, señores?

—¡De ninguna manera!—respondieron varios á la vez.

—Pues, entonces, reanuden ustedes la conversación.

—No hay para qué. Yo ya he dicho cuanto creo que debía decir. Condeno la actitud de Ricardo porque con ella ha desmentido el credo que nos es común. Ya no es como el acero: se ha dejado doblar...

La tertulia se prolongó, después, pocos minutos. Todos los que rodeaban la mesa se levantaron, y arropándose, preventivamente, salieron del café.

Á las pocas cuadras de camino los de la rueda se habían disgregado. Sólo quedaban juntos, el que acababa de condenar tan fuertemente la conducta de Ricardo, y el último que llegó á la tertulia.

—Me olvidaba—dijo éste, deteniéndose.—El doctor N. me ha encargado te manifieste, á nombre suyo, que entre hombres todo debe olvidarse, y que puedes contar por entero con él. Y, hasta más: me ha dicho—y esto te lo repito confidencialmente—que piensa aprovechar tus talentos,

puestos de manifiesto en tu reciente libro, en la confección de un proyecto que presentará, en breve, á la Cámara joven. Créeme que ese distanciamiento, motivado sólo por un exceso de susceptibilidad de parte tuya, no tiene razón de ser. Ya ves: él mismo cree ahora en tu valía. Antes te la negó, pero...

—Basta. Tienes razón. Acepto. Mañana me iré á poner á las órdenes del doctor N...

É inclinándose un poco, triunfalmente se restregó las manos...

CUENTO COLOR DE LILA

CUENTO COLOR DE LILA

Nos conocimos en un viaje. Pronto fuimos amigos. En la intimidad, nos canjeamos las cuitas por millares. Creo que yo era un tanto más retraído. Él, por el contrario, me abrió de par en par su corazón, un corazón lleno de nimiedades románticas y delicado como rostro de mujer...

Lo confieso: en más de una ocasión, cuando me contaba algo de lo que por entonces—en mi magna ignorancia de profano—solía apellidar una sonsera, necesité de esfuerzos inauditos para tenerme á raya. Á veces tuve que reir. Y rei porque ignoraba el secreto. Rei estúpidamente, como el más vulgar y torpe de los *bertoldinos* del cuento. Y aquella risa me muerde ahora la conciencia. Fué un pecado, pero un pecado que no lograré purgar jamás.

Cierta tarde, Juan Harres—así se llamaba mi

compañero—estuvo más comunicativo que nunca. Pero, también, más triste. Y esa tarde supe que era poeta...

Ya no me habló de «la eterna poesía de la Naturaleza», ni me recitó versos embriagadores de Musset. Hablóme de algo íntimo, muy íntimo, tal como no lo había hecho hasta entonces. Y me leyó un soneto, pero un soneto suyo: un soneto que tenía delicadezas de pétalos de orquídea... Luego me dijo:

—«Desde hace dos años me persigue incesantemente la visión de una mujer que amo. He viajado mucho sin lograr olvidarla. Dime, ¿has amado alguna vez? ¡Si supieras lo que es amar! Ella me corresponde. ¡Pobre Elena! Es bella, bella como una estrofa de Chenier y más esbelta que las palmeras exóticas; pero sobre todo es buena, hacendosa y santa. ¿Verdad que Elena es una santa?»

Después, enmudeció.

—Juan—le dije entonces, tomándolo bruscamente del brazo:—no pierdas el tiempo en pensamientos que no te conducen á nada. Escúchame...

Juan me miró con una mirada que tenía des-

mayos de agonizante ó melancolías de loco, é iba yo á comenzar cuando, bruscamente, interrumpió mi exordio de silencio:

—«¿La conoces?—me preguntó; y sin dar tiempo á mi respuesta prosiguió en un tono de desaliento infinito:—¡Cómo la has de conocer! ¡Pobre Elena!...»

Y dándose cuenta de que yo permanecía inmóvil, extasiado casi en su contemplación, me dijo aproximándose:

—«Elena es, ¿sabes?... es una muchacha... es...! ¡Pobre Elena!... ¡Comprendes mi dolor!» Y volvió á enmudecer.

Quiero ser sincero y debo confesarlo. Esta confidencia, así, tan fuera de quicio, hízome dudar de la normalidad mental de mi amigo. Francamente, le creí trastornado.

Por curiosidad, ó quizá mejor por el cariño que le profesaba, después de un corto rato de reflexión, me atreví á aconsejarle que me revelara el secreto, y que contase con mi amistad, toda entera, si de ella para algo se podía servir. Entre otras cosas le dije:

—Nunca me habías hablado de estos amores. Los creo muy dignos de ti. Creo, porque tú me

lo dices, que la Elena de que hablas es toda una santa; y una diosa, si quieres. Pero ¿á dónde piensas que te conduce todo esto? Y después, ¿cuál es la causa que te aleja de ella? Me has dicho más de una vez que te encuentras aquí, lejos de tu patria, por puro gusto tuyo. Bien; si le amas, ¿por qué no vuelves á su lado?

Juan me miró, bajó la vista, volvió á mirarme, y con cierta ingenuidad de pilluela descubierta, me dijo, como estallando:

—¡Pero si no la conozco...!

No mucho tiempo después de aquella tarde, la extrañeza que me produjo la inesperada confesión de Harres, desapareció completamente. El misterio me fué revelado.

Cumplidamente romántico, Juan se había forjado un sueño de mujer. En un principio estuvo convencido de que aquella divinidad, exquisita al par que rigurosamente ideal, á quien bautizó con el nombre de Elena, no era otra cosa que un sueño. Pero más tarde se enamoró de ella. Y creyó que Elena existía y la buscó, la buscó sin encontrarla jamás.

Mientras estuvo en Buenos Aires no faltó á nin-

guna fiesta de importancia. Y era curioso ver la tenacidad con que elevaba su vista en el rostro de cuantas niñas concurrían á los paseos de Palermo... Entre todas buscaba á su Elena, mujer inmaterial que surgió de la armonía de una estrofa.

Hace poco tuve noticias de mi amigo: Harres ha muerto en una aldea de Bretaña, donde había contraído matrimonio.

Según la versión que me llega, Juan murió de melancolía por la ausencia de Elena, á quien no logró hallar en aquélla á la que había unido su destino.

Y me dicen que expiró invocándola...

UNA PSIQUIS

UNA PSIQUIS

—¿Qué edad me dices que tiene la menor?

—Diez y siete años—respondí, fijando atentamente los ojos en mi amigo.

La pregunta no podía ser ni más natural, ni más inofensiva; pero me llamaba la atención la frecuencia con que me la solía formular, á raíz de cualquier conversación en la que se hubiese aludido á alguna niña joven.

Evidentemente, era una manía que, por cierto, no dejaba de ser original.

Varias veces pude observar que, cuando en las *causseries* que nos eran habituales, alguno de los que formábamos corro tenía ocasión de ocuparse de sus conocidas ó parientas, mi amigo, ordinariamente distraído siempre que se dilucidaban otros temas, prestaba entonces una atención á todas luces desmedida.

Desde tiempo atrás me aguijoneaba el deseo de

interrogarle sobre el particular, y como ese día estábamos completamente solos, lo abordé de improviso.

—Dime, Ulfo—éste era su apodo—¿á qué obedece ese interés que demuestras por niñas á muchas de las cuales apenas si conoces de oídas? No bien se las nombra, ignorando si son hermosas ó son feas, si son blancas ó son moruchas, tú te sientes mudado, como si se hubiese aludido á la reina de tus sueños.

Ulfo me miró estupefacto, con el mismo gesto de quien es sorprendido en un delito. Quiso evadir la respuesta, pero, como yo insistí resueltamente, mi buen amigo se rindió. Y lo reveló todo.

—De veras que jamás creí—me dijo serenándose—que iba á verme en el trance de tener que descubrirte esta enfermedad de mi espíritu.

Te soy franco; nunca pensé que ella podía llegar á ser notada por sus tenues manifestaciones exteriores. Pero ya que tú has sido el primer descubridor, he aquí mi secreto:

Tú lo has observado bien: yo soy otro cuando oigo hablar de niñas, cuando las escucho ó simplemente cuando las veo. En mi espíritu, ordina-

riamente normal, todo cambia en esas circunstancias.

¿Y qué es lo que siento?—me preguntarás. Pues, amigo mío, siento amor, mucho amor, tanto amor que el corazón no me cabe en el pecho. Me basta que se trate de una niña, y que sea joven.

Créeme, que cuando tú, ó los que contigo andan, aluden á ellas, yo me siento como arrebatado de la tierra, en pleno Empíreo y unido á la persona de quien se habla por un lazo indisoluble.

Como tú me lo acabas de hacer notar, yo por lo general ni conozco á la que en ese momento me avasalla, pero la amo, amigo mío, la amo con toda el alma, locamente. Y la sueño mi esposa...

Si en lugar de «sentirla» en el transcurso de una conversación, la veo realmente á través de mis retinas, esa sensación de amor es todavía más grande; tan grande que me siento como desvanecido...

Una cara lánguida, unos ojos tristemente azules, unas trenzas rubias, con las que tropiecen mis ojos, son causa suficiente para provocar el incendio. ¡Y qué incendio, amigo mío!

Algunas veces, cuando en las crónicas policiales de los diarios descubro el relato de la desgracia que aflige á una niña—así se trate de una costurera como de una princesita—mis ojos se llenan de lágrimas y me siento arder en amor hacia la víctima. La amo, la amo de verdad, y estaría dispuesto á sacrificarme todo entero en aras de ese amor, loco si tú quieres, pero que es un chispazo de Dios...

Y—ésta es la faz triste—cuando recorro las páginas ilustradas de las revistas que suelen insertar retratos de novias, siento la melancolía del fracaso. Cada desposorio es para mí una derrota, porque se me antoja que esa niña-novia me estaba reservada, y que sólo yo podía hacerla dichosa. Y sufro, sufro porque estoy convencido de ello.

Á todas las niñas las quiero con el mismo ardor, con la misma fe, con la misma inocencia. Y las unas pasan después de las otras en esta cinta cinematográfica de mi vida atormentada sin término.

Mi verdadero amor—según me lo insinúa algo que llevo dentro—es precisamente la última niña que veo ó de la cual he oído hablar.

Y la rueda sigue y seguirá girando. ¡Qué quieres!: he nacido así...

El silencio plegó sus labios. Yo, entonces, pensé en Dios...

ÍNDICE

ÍNDICE

	Págs.
El hombre	11
Y yo te calumnié	27
Las dos fuerzas	39
Los miedos	53
Apocalíptico	63
El ansia	73
La derrota	81
El triste	89
Rumbo al Sol	95
El gesto	105
Cuento color de lila	115
Una psiquis	123

PQ Carbia, Romulo D.
7797 Asi fue Tantalo
C2814A8

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 13 05 08 008 8